

24 ENERO

---

LA CARTA DE ROMA  
(PRIMERA PARTE)



“

*Lo mismo cerca que lejos, siempre pienso en vosotros. Uno solo es mi deseo, que seáis felices en el tiempo y en la eternidad.*



is queridos hijos en Jesucristo:

Lo mismo cerca que lejos, siempre pienso en vosotros. Uno solo es mi deseo, que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento, este deseo me ha impulsado a escribiros esta carta. Siento, queridos míos, el peso de la distancia a que me encuentro de vosotros y el no veros y el no oiros me causa una pena como no podéis imaginar.

Por eso, habría deseado escribir estas líneas hace ya una semana, pero las continuas ocupaciones me lo impidieron. Con todo, aunque faltan pocos días para mi regreso, quiero anticiparos mi llegada, al menos por medio de una carta, ya que no puedo hacerlo en persona. Son las palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre. Y vosotros me permitiréis que así lo haga ¿no es cierto? Y prestaréis atención y pondréis en práctica lo que os voy a decir.

Os he afirmado una y otra vez que sois el único y continuo pensamiento de mi mente. Ahora bien, en una de las noches pasadas yo me había retirado a mi habitación y, mientras me disponía a entregarme al descanso, comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre.

En aquel momento, no sé bien si víctima del sueño o fuera de mí por alguna distracción, me pareció que se presentaban ante mí dos antiguos alumnos del Oratorio. Uno de ellos se acercó y, saludándome afectuosamente, me dijo:

- ¡Don Bosco! ¿Me conoce?
- Sí que le conozco, le respondí.
- ¿Y se acuerda aún de mí?, añadió.
- De ti y de los demás. Tú eres Valfré y estabas en el Oratorio antes del 1870.
- Diga, continuó, ¿quiere ver a los jóvenes que estaban en el Oratorio en mis tiempos?
- Sí, házmelos ver, le contesté, eso me proporcionará una gran alegría.

Entonces Valfré me mostró todos los jovencitos con el mismo semblante y con la misma edad y estatura de aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo Oratorio a la hora de recreo. Era una escena llena de vida, de movimiento y alegría. Quién corría, quién saltaba, quién hacía saltar a los demás; quién jugaba a la rana, quién a bandera, quién a la pelota.

En un sitio había reunido un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote que les contaba una historieta. En otro lado, había un clérigo con otro grupo jugando al «burro vuela» o a los «oficios». Se cantaba, se reía por todas partes, había por doquier sacerdotes y clérigos y alrededor de ellos jovencitos que alborotaban alegremente. Entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza.

Yo estaba encantado al contemplar aquel espectáculo y Valfré me dijo:

- Veá, la familiaridad engendra afecto y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones y los jóvenes manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores. Son sinceros en la confesión y fuera de ella y se prestan con facilidad a todo lo que les quiere mandar aquél que saben los ama.
- Don Bosco, ¿quiere ver ahora los jóvenes que están actualmente en el Oratorio?

Este era José Buzzetti.

- Sí, respondí: pues hace un mes que no los veo.

Y me los señaló: vi el Oratorio y a todos vosotros que estabais en reo. Pero no oía ya gritos de alegría y canciones, no contemplaba aquel movimiento, aquella vida que vi en la primera escena.

En los ademanes y en el rostro de algunos jóvenes se notaba una tristeza, una desgana, un disgusto, una desconfianza que causaba gran pena a mi corazón. Vi, es cierto, a muchos que corrían, que jugaban, que se movían con placentera despreocupación: pero otros, y eran bastantes, estaban solos, apoyados en las columnas, presa de pensamientos desalentadores: otros estaban por las escaleras y los corredores o en los poyetes, que dan a la pared del jardín, para no tomar parte en el recreo común: otros paseaban lentamente formando grupos y hablando en voz baja entre ellos,

lanzando a una y otra parte miradas sospechosas y mal intencionadas; algunos sonreían pero con una sonrisa acompañada de gestos que hacían no solamente sospechar, sino creer que san Luis habría sentido sonrojo si se hubiese encontrado en compañía de los tales; incluso entre los que jugaban había algunos tan desganados, que daban a entender a las claras que no encontraba gusto alguno en el recreo.

- ¿Ha visto a sus jóvenes?, me dijo aquel antiguo alumno.
- Sí que los veo, le contesté suspirando.
- ¡Qué diferentes son de lo que éramos nosotros!, exclamó.
- ¡Mucho! ¡Qué desgana en este recreo!
- Y de aquí proviene la frialdad de muchos para acercarse a los santos sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la iglesia y en otros lugares: el estar de mala gana en un lugar donde la Divina Providencia los colma de todo bien corporal, espiritual e intelectual. De aquí el no corresponder de muchos a la vocación: de aquí la ingratitud para con los superiores: de aquí los secretitos y las murmuraciones, con todas las demás deplorables consecuencias.
- Comprendo, entiendo, respondí yo. Pero, ¿cómo animar a estos jóvenes para que vuelvan a la antigua vivacidad, alegría y expansión?
- Con la caridad.
- ¿Con la caridad? Pero, ¿es que mis jóvenes no son bastante amados? Tú sabes cuánto los amo. Tú sabes cuánto he sufrido por ellos y cuánto he tolerado en el transcurso de cuarenta años y cuánto tolero y sufro en la actualidad.

Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántos obstáculos, cuántas persecuciones para proporcionarles pan, albergue, maestros y especialmente para buscar la salvación de sus almas. He hecho cuanto he podido y sabido por ellos que son el afecto de toda mi vida.

- No me refiero a usted.
- ¿De quién hablas, pues? ¿De los que hacen mis veces? ¿De los directores, de los prefectos, de los maestros, de los asistentes? ¿No ves que son mártires del estudio y del trabajo? ¿Cómo consumen los años de su juventud en favor de ellos, que son como un legado de la Providencia?
- Lo veo y lo sé: pero eso no basta: falta lo mejor.
- ¿Qué falta, pues?
- Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.
- Pero, ¿no tienen ojos en la cara? ¿No tienen la luz de la inteligencia? ¿No ven que cuanto se hace en su favor se hace por amor?
- No, lo repito: eso no basta.
- ¿Qué se requiere, pues?
- Que al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor también en aquellas cosas que les agradan poco, como son: la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos; y que aprendan a obrar con generosidad y amor.
- Explicate mejor.
- Observe a los jóvenes en el recreo.

Hice lo que me decía. y exclamé:

- ¿Qué hay de particular?
- Tantos años como hace que se dedica a la educación de la juventud y no comprende? Observe mejor. ¿Dónde están nuestros Salesianos?

Me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y clérigos que estaban mezclados entre los jóvenes y muchos menos los que tomaban parte en sus juegos. Los Superiores no eran ya el alma de los recreos.

La mayor parte de ellos paseaban hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los alumnos; otros asistían, pero sin pensar para nada en los jóvenes; otros vigilaban desde lejos sin advertir las faltas que se cometían; alguno que otro corregía a los infractores, pero con amenazas y esto raramente.

Había algún Salesiano que deseaba introducirse en algún grupo de jóvenes, pero vi que los muchachos buscaban la manera de alejarse de sus maestros y superiores. Entonces me dijo mi amigo:

- En los primitivos tiempos del Oratorio, ¿no estaba usted siempre en medio de los jóvenes, especialmente a las horas de recreo? ¿Recuerda aquellos hermosos años? Era una alegría de Paraíso, una época que recordamos siempre con emoción, porque el amor lo regulaba todo y nosotros no teníamos secretos para usted.

- ¡Cierto! Entonces todo era para mí motivo de alegría y los jóvenes iban a porfía por acercarse a mí, por hablarme y existía una verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. Ahora, en cambio, las continuas audiencias, mis múltiples ocupaciones y la falta de salud me lo impiden.
- Bien, bien; pero si usted no puede, ¿por qué sus Salesianos no se convierten en imitadores suyos? ¿Por qué no insiste, no exige que traten a los jóvenes como usted los trataba?
- Yo les hablo e insisto hasta cansarme, pero muchos no están decididos a tomarse el trabajo de antaño.
- Y así, descuidando lo menos, pierden lo más, y este más es el fruto de sus fatigas. Que amen lo que agrada a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que es del gusto de los Superiores. De esta manera el trabajo les será muy llevadero. La causa del cambio presente del Oratorio es que un buen número de jóvenes no tiene confianza con los Superiores. Antiguamente los corazones todos estaban abiertos a los Superiores, por lo que los jóvenes amaban y obedecían prontamente. Pero ahora los Superiores son considerados sólo como tales y no como padres, hermanos y amigos; por tanto, son más temidos que amados. Por eso, si se quiere hacer un solo corazón y una sola alma, por amor a Jesús, se debe romper esa barrera fatal de la desconfianza que ha de ser suplantada por la más cordial confianza. Es decir: que la obediencia ha de guiar al alumno como la madre a su hijito; entonces reinarán en el Oratorio la paz y la antigua alegría.
- ¿Cómo hacer, pues, para romper esta barrera?

- Familiaridad con los jóvenes, especialmente en los recreos. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto y, sin esta demostración, no puede haber confianza. El que quiera ser amado es menester que demuestre que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras debilidades. ¡He aquí el Maestro de la familiaridad!

El maestro al cual sólo se le ve en la cátedra, es maestro y nada más, pero, si participa del recreo de los muchachos, se convierte también en hermano.

Si a uno se le ve en el púlpito predicando, se dirá que cumple con su deber, pero si se le ve diciendo en el recreo una buena palabra, habrá que reconocer que esa palabra proviene de una persona que ama.

¡Cuántas conversiones no fueron efecto de alguna de sus palabras pronunciadas improvisamente al oído de un jovencito mientras se divertía! El que sabe que es amado, ama, y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes.

Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y Superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los Superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las faltas de disciplina, las ligerezas, las negligencias de los jóvenes. Jesucristo no quebró la caña ya rota, ni apagó la mecha humeante. He aquí vuestro modelo.

Entonces no habrá quien trabaje por vanagloria, ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido; ni quien se retire del campo de la asistencia por celo a una temida preponderancia de otros; ni quien murmure de los otros para ser amado y estimado de los jóvenes, con exclusión de todos los demás superiores, mientras, en cambio, no cosecha más que desprecio e hipócritas zalamerías; ni quien se deje robar el corazón por una criatura y, para agasajar a ésta, descuide a todos los demás jovencitos; ni quienes, por amor a la propia comodidad, menosprecien el deber de la asistencia; ni quienes, por falso respeto humano, se abstengan de amonestar a quien necesite ser amonestado.

Si existe este amor efectivo, no se buscará más que la gloria de Dios y el bien de las almas.

Cuando languidece este amor, es que las cosas no marchan bien. ¿Por qué se quiere sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué los Superiores dejan a un lado la observancia de aquellas reglas de educación que don Bosco les dictó? ¿Por qué, al sistema de prevenir, de vigilar y corregir amorosamente los desórdenes, se le quiere reemplazar por aquel otro más fácil y más cómodo para el que manda, de promulgar la ley y hacerla cumplir, mediante los castigos que encienden odios y acarrean disgustos; y, si se descuida el hacerlas observar, son causa de desprecio para los Superiores y de desórdenes gravísimos?

Y esto sucede necesariamente, si falta la familiaridad. Si, por tanto, se desea que, en el Oratorio, reine la antigua felicidad, hay que

poner en vigor el antiguo sistema: el Superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los muchachos, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual de sus subalternos y el bienestar temporal de aquéllos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados.

Entonces los corazones no permanecerán cerrados y no se ocultarán ciertas cosas que causan la muerte de las almas. Sólo en caso de inmoralidad, sean los Superiores inflexibles.

Es mejor correr el peligro de alejar de casa a un inocente que hacer que permanezca en ella un escandaloso. Los asistentes consideren como un estrechísimo deber de conciencia el referir a los Superiores todo aquello que crean puede constituir ofensa de Dios. Entonces yo le pregunté:

- ¿Y cuál es el medio principal para que triunfe semejante familiaridad y ese amor y confianza?
- La observancia exacta del Reglamento de la Casa.
- ¿Y nada más?
- El mejor plato en una comida es la buena cara.

Mientras mi antiguo alumno terminaba de hablar con estas palabras, yo continué contemplando con verdadero disgusto el recreo y, poco a poco, me sentía oprimido por un gran cansancio que iba en aumento. Esta opresión llegó a tal punto, que no pudiendo resistir más, me estremecí, y desperté a renglón seguido.

Me encontré de pie junto a mi lecho. Mis piernas estaban tan hinchadas y me dolían tanto que no podía estar de pie. Era ya muy tarde; por tanto, me fui a la cama decidido a escribir estos renglones a mis queridos hijos.

Yo deseo no tener estos sueños, porque me producen un cansancio enorme.



El 10 de mayo de 1884 Don Bosco se dirige en una carta a la comunidad salesiana de Valdocco. A través del género literario del sueño va a tratar el estado del Oratorio, que en el momento en que la escribe tenía algunos aspectos problemáticos, comparándolo con el desarrollo positivo hasta 1870. Aunque don Lemoyne es el redactor, el autor de la carta es Don Bosco, que firma al final. Existen dos versiones de la carta, la corta y la larga. Aquí hemos escogido la redacción larga para hacer dos comentarios diferentes de cada parte.

En este viaje a Roma, entre el 14 de abril y el 14 de mayo, había sido diferente. No había hecho las numerosas visitas que solía hacer a causa de su debilidad física. Tras la audiencia con el papa León XIII, Don Bosco ya anciano, se sentía debilitado y enfermo, agotado por el trabajo intenso y su estilo de vida austero. Sus últimos años habían sido difíciles, con múltiples viajes, y una enfermedad grave que lo llevó al borde de la muerte en febrero de ese mismo año. Como indica P. Braido el boletín salesiano de abril de aquel año: "Don Bosco ya puede considerarse de 100 años, aún no tiene 70".

A pesar de ello, en todos sus escritos, especialmente en este, se percibe su constante preocupación por los jóvenes, a quienes ya no podía atender personalmente, preocupado por la pérdida de ciertos aspectos del espíritu que había inculcado en sus oratorios. El sueño, por tanto, refleja las ideas que surgen del compromiso total de Don Bosco con la juventud, una síntesis del sistema educativo de Don Bosco, que junto al Sistema Preventivo de Don Bosco, forma un tándem especial sobre la concepción salesiana de la educación.

El Rector Mayor, Don Pascual Chávez, que llamó a esta carta "El evangelio de Don Bosco", en uno de sus discursos para el Capítulo General XXVIII en 2020, expone una serie de elementos significativos, citando y profundizando en algunos párrafos:

1. Saber utilizar el lenguaje del amor: "Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama".
2. Comprender a los jóvenes: "Que, al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente les agradan poco".
3. Dar importancia a la felicidad: "Uno solo es mi deseo: que seáis felices en el tiempo y en la eternidad".
4. Estar presentes: "Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo".
5. Superar los formalismos: "El superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los jóvenes".
6. Compartir la acción: "La familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones."

El cuarto punto destacado, tras el Capítulo General XXVIII, ha sido llamado por el Rector Mayor Don Ángel Fernández Artime, en la tercera línea programática de su segundo sexenio como "Sacramento de la presencia", llamado por el papa como "carisma de la presencia". Francisco lo sintetiza de esta manera:

El salesiano es recuerdo vivo de una presencia donde la disponibilidad, escucha, alegría y dedicación son las notas esenciales para despertar procesos. La gratuidad de la presencia salva a la Congregación de toda obsesión activista y de todo reduccionismo técnico-funcional. La primera llamada es a ser una presencia alegre y gratuita en medio de los jóvenes.

El desarrollo de esta línea programática, es una actualización de esta carta de Roma, donde de nuevo presenta la alternativa salesiana a vivir esta experiencia querida por Don Bosco:

Vivir como salesianos, como hijos de Don Bosco esa experiencia de paternidad que él vivió con sus muchachos, que se traduce en amar verdaderamente y ser al mismo tiempo 'autorevole' ante esos muchachos, comenzando con el gran valor que tiene para nosotros la presencia entre los jóvenes.